—Es de coche; ¡pues no!

—¡Ah!.... entonces.....

—Hizo bien, dijo una criada; vale más buen acomodo que mal casamiento; así fué mi madre, y no le pesó. ¡Y armar tanto escándalo por eso! Hasta luego, vecinas.

El llanto de D.ª Lola acabó por fatigarla y se quedó dormida.

Es necesario respetar su sueño.

CAPÍTULO X

Comienza la hoja de servicios de don Jacobo.

A don Jacobo no le faltaron el primer día ni voluntad ni piernas; pero al tordillito le faltó sólo morirse, porque al rendir la jornada, hubiera exclamado de buena gana:

Ni Cristo pasó de la cruz..... etc.

El jefe recibió el parte de *la baja* y ordenó la requisición de caballos.

Cinco minutos después se pusieron á temblar todos los dueños de caballos de la población, y á los veinte minutos más, la nación tenia á su servicio otros diez caballos con que salvar á la patria.

Don Jacobo tuvo en qué elegir.

Eligió un prieto, de alzada, bueno para la carrera, lo cual era una condición inestimable.

Al echarle la silla, D. Jacobo pensó:

—Este caballo es de otro; pero la nación me lo ha dado.

—¡Qué buen caballo tiene, amigo! le dijo uno de sus cohéroes.

—No es mío, amigo, contestó don Jacobo.

—Pues ¿de quién es?

—De la nación.

—Eso es..... de la nación; pero su dueño está que chilla. Y oiga, amigo, cuídese de él, es malo y no le ha de perdonar á usted que monte su prieto.

—¿Y yo qué?

—Nada; que siempre es buena la precaución, y que no venga solo por aquí nunca.

La palabra *nación* estaba siendo insuficiente para quitarle su valor á la palabra *robo*.

Don Jacobo, y debemos decirlo en obsequio de su conciencia, hubiera devuelto el caballo por tal de no tener aquella carcoma.

—¿Quién es el dueño?

—El del ranchito de.....

—¿Y es buen hombre?

—Mírelo.

Don Jacobo volvió la cara y encontró unos ojos que le veían; pero aquellos ojos eran dos ojos de tigre.

Don Jacobo probó la primera desazón de la carrera gloriosa de las armas; bajó los ojos ante aquella mirada provocativa, insolente, y siguió arreglando la silla.

El caballo, al ver á su amo, alargó el cuello como para reconocerlo, y luego levantó la cabeza y se sacudió en señal de satisfacción.

Don Jacobo se inquietó al ver aquel movimiento.

El mismo animal hubiera querido irse con su antiguo amo.

El amo entendió esto, y se quedó viendo su caballo con la ternura con que hubiera podido ver á su querida, y luego, al ver el movimiento de alarma de D. Jacobo, estudió una de esas frases embozadas y malévolas, peculiares de nuestro pueblo, y dijo á don Jacobo con profunda intención:

—Es manso..... amo.

Don Jacobo no supo qué contestar.

—Oiga, amo..... añadió el dueño del caballo, acercándose á D. Jacobo. Va usted bien en el animal..... es muy noble y..... de veras bueno.....

Al decir aquel hombre esto, se limpió una lágrima con el dorso de la mano, y en seguida, experimentando la transición de la ternura á la ira, le tomó la mano á D. Jacobo y le fijó otra vez su mirada de tigre.

—Oiga, amo.....

—Vámonos, compadre, dijo un hombre que se había acercado, viendo que allí se preparaba una escena seria.

—No, compadre, dijo el dueño del caballo, no tenga usted cuidado; le voy no más á decir al patroncito que me lo cuide..... nada más.

—Bueno, dígaselo usted y vámonos.

El dueño del caballo se acercó lo más que pudo á D. Jacobo, y con la cara á una pulgada de la de su interlocutor, exclamó:

—Oiga..... patrón..... cuídese de Guadalupe Martínez, porque no le vaya á quitar el caballo.

—¿Quién es Guadalupe Martínez? preguntó D. Jacobo.

—Yo soy..... para servir á usted, dijo el dueño del caballo, quitándose el sombrero y dejando ver en la frente la honda cicatriz de un machetazo.

Don Jacobo tembló.

—Vámonos, compadre, repitió el tercer personaje del grupo.

—No interrumpa la contesta, compadre, estamos yo y el patrón tratando; *¿verdá, amo?*

—¡Monte! le gritó á D. Jacobo su compañero.

Don Jacobo tomó el estribo, y el caballo dió una salida; insistió el jinete por varias ocasiones y ya temía quedarse á pie; se oyó un toque de clarín, y D. Jacobo más apurado brincó como pudo al lomo del prieto, el que, parándose sobre las patas, se lanzó de un salto, en el que D. Jacobo estuvo á punto de volar, si el mismo caballo no hubiese compuesto sus movimientos.

Una horrible blasfemia se escapó de la boca de Guadalupe, quien se quedó parado hasta ver desaparecer su caballo.

Excusado parece decir qué camino tomaron Guadalupe y su compañero. Estaba apesadumbrado; luego debía beber pulque.

Esta lógica era tan natural en aquellos dos hombres, que sin ponerse de acuerdo se dirigieron á la pulquería.

—¿Dos grandes, D. Marcelino? preguntó el jicarero al compañero de Guadalupe.

—Vaya echando, amigo.

El pulquero sirvió en dos vasos cuatro cuartillos de líquido.

Guadalupe apuró su vaso hasta la mitad y se limpió la boca con la manga.

Marcelino hizo otro tanto, y ofreció cigarros en la copa de su sombrero.

Guadalupe mordió un cigarro, escupió la punta y lo encendió en un cerillo que le ofreció el pulquero; arrojó humo por boca y nariz, y dió una palmada sobre el mostrador; iba á hablar, pero Marcelino levantó el vaso y le dijo:

—Ande, D. Guadalupe.

Tenía tanta fe Marcelino en que el pulque es bueno para las pesadumbres, que le daba pulque á su amigo con la tierna solicitud con que se le da una tisana al enfermo grave.

Guadalupe iba estando capaz.

En cada trago de pulque encontraba una compensación, como si se bebiera su propio caballo.

Guadalupe, después de sentirse capaz, empezó á sentirse valiente. Empezó á ver pequeña la guerrilla que á la sazón estaba oprimiendo al pueblo, y la fisonomía de D. Jacobo se le aparecía en cada tina de pulque.

—¿Cómo se llama el que se lleva mi prieto?

—Dicen que D. Jacobo.

—¿Don Jacobo qué?

—Pues creo que Baca.

—¡Ay qué vaca, amo! gritó Guadalupe haciéndose arco y echándose hacia atrás su gran sombrero.

En seguida se desató en denuestos é improperios contra D. Jacobo, luego contra el jefe de la guerrilla y por último contra el partido liberal.

—Marcelino, yo no pierdo mi caballo; voy á recogerlo.

—No, D. Guadalupe, no es prudente: déjelos, que ya vendrán un día.

—Lo que yo quiero es mi caballo.

A estas voces habían acudido ya tres ó cuatro vecinos, á quienes Marcelino y Guadalupe dieron de beber, y como la guerrilla acababa de abandonar la población, todos los que bebían pulque podían entregarse libremente á estas expansiones.

Algunos días después pudieron coligarse hasta ocho víctimas adoloridas; y montadas por su cuenta, y con el loable fin de matar á D. Jacobo Baca, se constituyeron defensores de la patria, bajo el título de reaccionarios. Guadalupe Martínez estaba provisto de un despacho provisional de coronel de auxiliares del ejército, y ya podía, por lo mismo, emplear todos los medios *legales* de la revolución para quitarle á D. Jacobo su caballo y la vida.

Don Jacobo, por su parte, empezó á

creerse más héroe de lo que él mismo se esperaba, porque sobre aquel caballo prieto se sentía capaz de muchas cosas.

Aquel día y los dos siguientes habían sido días de peripecias militares; había sido necesario huir de los puntos en donde había enemigo; la guerrilla se había remontado, y faltos de víveres y sin tocar población alguna, aquellos valientes empezaron á sentir la desesperación de la hambre.

Don Jacobo se entregaba á serias cavilaciones en cuanto á lo de que «en la revolución, cuando no se tiene se toma», hasta que en una tarde de rayos, aguaceros y hambre, hubo de llegar aquella fuerza á un pequeño rancho situado en despoblado y á la falda de un monte.

Casi á la sombra de tres corpulentas encinas se levantaba una pequeña casa con portal de tres arcos, bajo el cual estaban la entrada á un patio y

otras dos puertas de lo que en un tiempo pudo haber sido tienda.

Cuatro piezas interiores, una troje y un corral, formaban el resto de la construcción; en aquella tranquila casa vivían un hombre de más de sesenta años, padre de dos muchachas de diez y seis y diez y ocho, y de dos jóvenes de veinte á veinticinco.

Aquella familia, apartada del ruido del mundo, se mantenía con el producto de la siembra y de la cría de ganado en pequeña escala; reinaba en la casa la dulce tranquilidad de los tiempos patriarcales: María y Rosario, que así se llamaban las dos muchachas, estaban dedicadas á todas las ocupaciones domésticas, y los dos jóvenes á todas las labores del campo; el viejo descansaba á la sombra de las encinas á la hora de la siesta, y con una constancia ejemplar y una dedicación que constituía su manera de vivir, lo veía, lo revisaba

todo, sin olvidar ninguno de los detalles, no sólo en el interior de la casa, sino en las labores.

Hacía tres horas que el buen viejo había dicho á sus hijas:

—Rosario, si no quitas el *tasajo* del patio, se te moja: va á llover.

El cielo estaba azul; pero el viejo conocía su cielo, y las muchachas conocían á su padre.

—Ensilla, Pepe, y no te duermas, continuó, y llévate dos peones para abrir los portillos.

—¿Lloverá? se atrevió á preguntarle su hijo.

—Quita allá, holgazán, ¿no lo estás viendo?

—El tiempo está sereno.

—Por lo mismo lo digo. Y que vaya tu hermano; ¿no ha vuelto?

—No tarda, fué por la punta.

Aludía al ganado.

—¡Corre, hijo, corre!

María y Rosario acabaron de le-

vantar la carne puesta á secar, y para ellas era tan autorizada la voz del viejo, que colocaron un barril y una olla grande en el patio para recibir el agua que habían de arrojar las canales, y cuidaron escrupulosamente de no dejar nada á la intemperie, como si efectivamente estuvieran viendo venir las nubes.

Por medio de esa sensibilidad auditiva, tan peculiar de las gentes del campo, notaron en la voz de su padre un acento de emoción poco común, y movidas por igual resorte se acercaron á él.

María, la más joven de las dos hermanas, notó que á su padre le temblaba un poco la barba; no se atrevía á preguntarle la causa de su emoción, y empezaba á contemplarlo con angustia.

Rosario, más intrépida, preguntó:

—Padre, ¿será fuerte el aguacero?

—Y la tempestad, hijas, y la tempestad.....

—Pero yo tengo una vela de Nuestro Amo y otra de la Candelaria, dijo gozosa María, con la convicción de la fe y de la pureza de su alma.

—Tendrás que encenderlas, le contestó el viejo con tristeza, y fijó su mirada acostumbrada á lo lejos en un punto del horizonte.

Sus hijas seguían los movimientos del viejo, y María preguntó:

—¿Por allí viene la tempestad?

—¿Por allí? recapacitó el viejo..... ¿por allí?..... por todas partes. Ya nada es como antes..... y luego que no se ha podido comprar la casita del pueblo.

—¿Para irnos allá? preguntó María.

El viejo parecía cada vez más preocupado, y no contestó. Guardó silencio por algún tiempo, fijando sus pequeños ojos en el azul del cielo.

Sus hijas no le perdían movimiento; notaron que movía los labios.

—Está rezando, le dijo muy quedo Rosario á María.

Aquella oración inarticulada, sincera, espontánea, enviada en el destello de una mirada de sesenta años al azul de los cielos, inspiró un tierno recogimiento á las muchachas que rezaron también.

Y los tres guardaron silencio.

Las dos muchachas estaban sentadas á los lados del viejo, en la banca de piedra del portal.

Las manos de aquel anciano abandonaron el grueso bastón en que se apoyaban, y levantándolas pasó sus brazos sobre el cuello de sus hijas.

Al sentir esta caricia, las dos muchachas le besaron las mejillas.

—¿Está usted triste? preguntó María.

El viejo vió á María y la besó en la frente, y en seguida vió á Rosario y la besó también.

Rafael, el otro hijo del viejo, venía llegando con el ganado.

—Allí vienen tus cabras, María.

—Sí, padre, y los *chiquititos*.

—Cuídalas.

—El año que viene..... ¡ah, ya verá usted, viejecito! exclamó María haciéndole un mimo á su padre.

—¿Por qué está usted tan triste, padre? preguntó Rosario.

—Por ustedes.

—¡Por nosotras! ¿hemos hecho mal en algo, le hemos dado á usted motivo?.... ¿No me porto yo como María, como si fuera yo de veras su hija de usted?

—Calla, calla..... no hagas caso, Rosario..... tonteras mías..... estoy viejo y.....

—Pero sano, padre, replicó María.

—¡Ay! murmuró el viejo, moviendo la cabeza.

—¡Vea usted, padre, cómo vienen los cabritos; véalos usted cómo juegan y qué contentos se ponen!

Y María se echó á reir con una satisfacción pueril, pero envidiable.

Un pastor venía corriendo por la vereda delante del ganado.

—Ahí viene Juan.

—No trae ninguno muerto; ¡qué gusto! dijo María.

—¿Y por qué corre? preguntó el viejo.

—Porque viene á quitar las trancas y las espinas.

Los perros de la casa salieron del interior meneando la cola y ladrando como si hubieran olido el ganado, y se adelantaron hacia la loma para juntarse con los perros de los pastores.

Estos venían en formación y como satisfechos de haber cumplido con su deber, pues habían ayudado á juntar el ganado y ya regresaban al establo, dando buenas cuentas de sus trabajos; los perros de la casa les hacían fiestas y procuraban sacarlos de su formación; pero los perros formales no abandonaron el ganado hasta que

vieron desfilar la última res en el establo.

Pepe y Rafael se pararon delante de su padre, con el sombrero en la mano, para recibir órdenes.

—Mira, Rafael, que abran los portillos de abajo y te pasas á la zanjita, que luego está mala con la yerba, la limpian.

—Está bien, padre.

—Ya venimos, dijo Pepe.

—No se tarden, porque se mojan.

Pepe se acercó al oido de María, para hacerle una recomendación con respecto de la cena.

—Volvemos á cenar, dijo Rafael dirigiendo una mirada á Rosario, que ésta recogió poniéndose colorada.

Los dos hermanos montaron á caballo y se dirigieron á buen paso hacia el campo, y ya, cortando por el monte, se perdían en las malezas por el lado opuesto dos puntos blancos.

Eran los dos peones que iban á abrir los portillos.

El viejo se levantó del asiento tan luego como sus hijos hubieron desaparecido.

María y Rosario fueron á contar los cabritos y dar la última ración de maíz á las gallinas y á las palomas.

Cada una de estas jóvenes llevaba en el brazo una canasta, y cuando arrojaron el primer puñado de maíz en el pequeño corral interior de la casa, se vieron rodeadas de todos sus *hijos*, como ellas les llamaban.

Entretanto, el viejo hablaba con aquel peón que había llegado corriendo delante del ganado.

—Nada se dice, decía el peón.

—¿Cuándo pasaron por la Soledad?

—Anteayer en la tarde.

—¿Y por *las ramas?*

—No me dijeron.

—¿Cuántos son?

—Como doce.

—¿Y la fuerza del Gobierno?

—Salió también.